

Miscelánea

Biblioteca comentada

“DIARIO DE UNA REBELDÍA”

Cristina de Areilza

ESPASA-CALPE. SELECCIONES AUSTRAL.
MADRID, 1983. Isbn: 84-239-2118-2

Autor del comentario:

Francisco Herrera Rodríguez (Universidad de Cádiz) Facultad de Enfermería y Fisioterapia (Universidad de Cádiz)

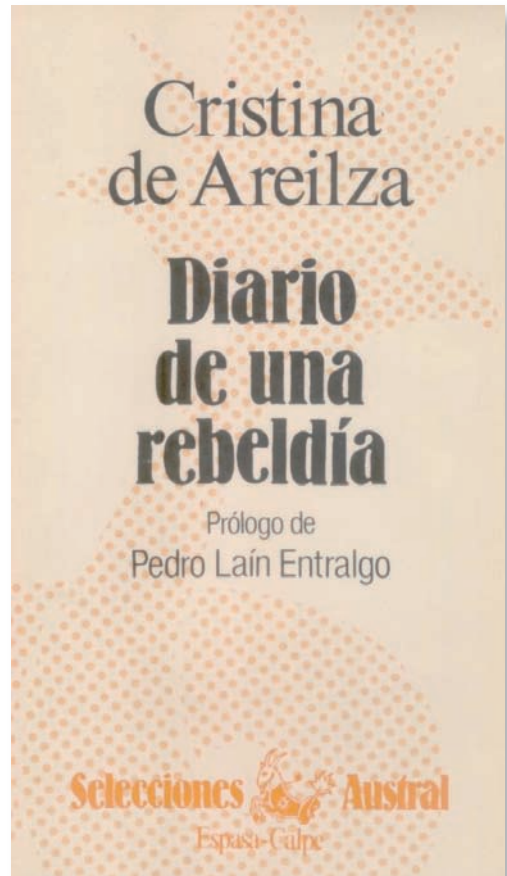
Cómo citar este comentario de textos en edición digital: Herrera Rodríguez, F. Cristina de Areilza: *Diario de una Rebeldía*. *Cultura de los Cuidados* (Edición digital) 18, 38.

Disponible en: <http://dx.doi.org/10.7184/cuid.2014.38.16>>

Correspondencia: Francisco Herrera-Rodríguez. Facultad de Enfermería y Fisioterapia. Avda. Ana de Viya, 52. 11009-Cádiz.

Correo electrónico: francisco.herrera@uca.es.

En agosto de 1989 a Anatole Broyard, crítico literario en el prestigioso suplemento cultural de “*The New York Times*”, le diagnosticaron un cáncer metastásico de próstata; luchó contra la enfermedad durante más de un año, una de las formas en que le hizo frente fue con la escritura de algunos relatos autobiográficos e incluso un diario que abarcó de mayo a septiembre de 1990; en la década de los cincuenta ya había escrito sobre la enfermedad y la muerte de su padre como consecuencia de un cáncer de vejiga, el relato lleva por título “*Lo que dijo la citoscopia*”. Todos estos escritos, los de su enfermedad y el de la enfermedad de su padre, han sido publicados en castellano en 2013 con el título “*Ebrio de enfermedad y otros escritos de la vida y la muerte*”. Su esposa, Alexandra, manifestó que cuando Anatole supo



que tenía un cáncer se entregó a la tarea de escribir sobre su experiencia de enfermo y sus relaciones con los médicos. La escritura, pues, como fuente de conocimiento personal y a la vez como testimonio para los demás; introspección y proyección, que tienen mucho de terapia, de catarsis, sí, pero también de afán comunicador de la experiencia personal, en este caso de la enfermedad, con el resto de los hombres. Como supo ver Vicente Aleixandre la comunicación es uno de los pilares que dan sentido a la vida y también cómo no en este asunto de la salud y de la enfermedad.

Oliver Sack escribe en el prólogo de “Ebrio de enfermedad” que:

“...nunca he visto ningún escrito sobre la enfermedad que sea más directo, más franco: a nada se le resta importancia, no se rehúye nada, nada se pasa por alto, no se da a nada un trato sentimental, ni se apiada gratuitamente de nada; nunca he visto ningún escrito de estas características que sea al mismo tiempo más profundo, más inteligente, más reflexivo, más resonante...; se aprecia cómo empuña la pluma con una potencia sin precedentes, resuelto a desafiar su enfermedad, entrar en las fauces de la muerte y lo hace pleno de vida, pluma en mano, reportero, analista hasta el final. Va con la pluma casi hasta las tinieblas”.

Todo esto es cierto, Oliver Sack lleva razón, el libro de Broyard debería ser leído con pasión y devoción en las Facultades de Enfermería y de Medicina; la inteligencia, la calidad literaria y el fondo humanístico del autor rezuma en todas las páginas del libro, incluso muestra una gran erudición revisando los precedentes literarios relacionados con la enfermedad, conociendo de primera mano claro está a Tolstoi, Kafka, Chejov, Virginia Woolf, Thomas Mann o Susan Sontag, pero también a una pléyade de periodistas y escritores estadounidenses que habían reflexionado con mayor o menor calidad literaria sobre tan importante asunto. Estamos de acuerdo con Oliver Sack, estos textos de Broyard constituyen una gran pieza literaria, es un gran libro, y recomendamos vivamente su lectura; pero hay que manifestar que el afamado médico británico, como todos nosotros, estaba limitado en sus lecturas, no podía haber leído todo lo que sobre esta cuestión se había publicado y menos si se había hecho en una lengua diferente al inglés; por eso, aunque compartimos sus ideas sobre el libro, nos ha llamado la atención esa afirmación de que nunca había visto un libro sobre la enfermedad que sea más directo y más franco; nosotros, en cambio, sí hemos tenido la fortuna de leer en castellano un

libro tan directo y tan franco como el de Broyard; un libro que en 2013 ha cumplido el trigésimo aniversario de su publicación; un libro olvidado, poco leído y que lamentablemente ha sido poco estudiado; nos estamos refiriendo a “Diario de una rebeldía” de la periodista Cristina de Areilza, que cuando supo que estaba muy enferma aplicó la fórmula de Goethe, “*si llevas un monstruo dentro, ¡redáctalo!*”. O como decía Shakespeare en “Hamlet”: “*los males desesperados exigen desesperados remedios, o jamás se curan*”. No cabe duda de que la escritura y las palabras son terapias más radicales de lo que pensamos, en el caso de Cristina de Areilza un esperanzado remedio, hasta el punto de que lo subraya desde la elección de la frase cervantina que sirve de proemio al Diario: “*Llevo la vida sobre el deseo que tengo de vivir*”.

No vamos a discutir aquí si el diario personal es un género literario o no, cuando menos se acepta que es un subgénero de la autobiografía, algunos no dudan en incluirlo como literatura cuando supera el mero testimonio con estilo y con la calidad de la escritura; en general, como apunta Amelia Cano, no han sido considerados como obras de carácter creativo, pero está claro que “*desde que el hombre sintió la necesidad de enfrentarse con su propia vida a través de la escritura de forma periódica, los diarios han sido una constante en la Literatura Universal a lo largo de los siglos*”. En las últimas décadas este género o subgénero se valora más ya que se encuentran testimonios, desahogos e incluso datos históricos; aunque, en los Diarios puede suceder a veces, como en ciertas Memorias, que primen más la autojustificación y el oportunismo; pero no es este el caso del libro de Cristina de Areilza, periodista e hija del afamado conde consorte de Motrico, ya que en sus páginas encontramos su crónica personal de los días que transcurren entre el 27 de febrero y el 14 de mayo de 1982, fechas que marcan el comienzo de la enfermedad y su ingreso y vida en una cámara de aislamiento de un

hospital parisino para luchar y tratar de vencer una enfermedad, concretamente una “leucemia mielítica aguda”. Una narración intensa, escrita con la velocidad de una periodista, que no hace concesiones a la lírica, pero que alterna la causticidad con la ternura, todo depende del estado físico y anímico en que se encontrara.

Ya tenemos en escena la temida palabra, leucemia; cuando la nombramos vienen a nuestra mente los estudios que llevaron a cabo en la década de los cuarenta del siglo XIX médicos como John Bennett o Rudolph Virchow; el primero de ellos entendía la enfermedad como una supuración de la sangre y el segundo acuña el término leucemia en alemán (*leukämie*) y se esfuerza por diferenciar el significado de hipertrofia y de hiperplasia, influyendo de tal manera en los estudios sobre el cáncer que en la década de los ochenta de esa centuria consideraban que la leucemia no era una supuración sino una neoplasia de la sangre. En la segunda mitad del siglo XIX y a principios del siglo XX se avanzó en los estudios clínicos distinguiéndose una forma crónica y una forma aguda, luego vendrían los matices, las clasificaciones y los estudios farmacológicos que conducen a la aplicación clínica de los citostáticos que todos conocemos; pero como telón de fondo al nombrar la palabra leucemia resuena de forma poderosa la palabra cáncer, sobre la que ha escrito brillantes y conocidas páginas Susan Sontag y sobre la que Cristina de Areilza manifiesta:

“La palabra cáncer hoy día asusta y hasta está mal vista como un vocablo tabú. Pocos quieren hablar de su enfermedad por temor a afrontarla. No es en muchos casos una enfermedad incurable. Yo misma sigo luchando y no pienso abandonar nunca la contienda”.

Si se ha leído con atención el párrafo anterior se aprecian términos que poseen un sentido metafórico, en este caso dentro de las metáforas de la enfermedad como enemigo: lucha y contienda. Sobre esta cuestión son clásicos los trabajos de

la ya citada Susan Sontag, pero quizás sea menos conocida por lo reciente la interesante tesis doctoral de Natalia Fernández Díaz titulada *“Metáforas sobre la leucemia en los discursos científicos, en los mediáticos y en las narrativas personales”*. En este estudio la autora dedica un apartado a *“Diario de una rebeldía”* y muy especialmente a su producción metafórica resaltando, por ejemplo, expresiones como ganar la batalla, no abandonar la contienda, seguir luchando, no poder luchar, estar amenazada; también se pueden incluir otras como invasión, aniquilar o disparar. Resultan muy iluminadores también los agudos comentarios de Fernández Díaz al analizar el texto de Cristina de Areilza en lo referente a la enfermedad como prisión, abundando los ejemplos ya que el tratamiento lo recibe durante más de dos meses en un riguroso aislamiento, *“una especie de UVI enteramente estéril”*, comunicándose con el exterior por un interfono y a través de un cristal, por eso encontramos palabras como encierro, cárcel, celda, secuestro, cápsula, capilla, incubadora, ciudadela encantada, jaula, etc: *“Mi celda es ahora mi casa, y sólo puedo percibir la vida a través del cristal exterior por el cual me comunico con el mundo”*. Con el sentimiento además de que está condenada a muerte, *“esperando que llegue el verdugo”*. La angustia, pues, del encierro, de la soledad, pero paradójicamente también sin intimidad: *“No hay siquiera dentro de esta inmensa soledad un momento de intimidad, siempre hay alguien que entra a verificar el catéter, las botellas, etc.”*.

Este Diario está lleno de reflexiones sobre la vivencia personal de la enfermedad grave y sobre lo que supone padecerla: *“Estar enfermo no es sólo atravesar una situación patológica del organismo, sino también vivir, en un clima psicológico de alta tensión”*. En un clima de suspicacia en que se necesita saber la verdad y se siente que todo el mundo engaña, un clima en que la palabra *“urgente”* puesta en la documentación de una anali-

tica puede provocar un tumulto de emociones y de intranquilidad en la persona; un clima de alta tensión psicológica en el cual la propia enferma se culpa de estar haciendo daño a los demás, a la vez que tiene la necesidad de demostrar que es distinta, aunque le duela *“la médula y el alma”* o empiece *“a oler yo misma a enferma”*; o note *“la lucha de mis glóbulos contra las células envenenadas”*.

Los cambios en el ánimo. De pronto el hospital es una *“fábrica de esperanzas”*, estalla la risa con una película, *“La pantera rosa”*, y al día siguiente es una cárcel oscura de la que no se va a salir nunca (*“...no me dejen morir en esta cama. Todo el mundo tiene derecho a volver a casa”*). Noches de plomo en que se tiene la certidumbre de estar viviendo la última primavera, cuando la misma pregunta resuena en la mente una y otra vez: *“por qué me ha venido a mí esta enfermedad”*. *Es el momento de plantearse que la medicina oficial aún no sabe si la produce un virus, unas radiaciones o si quizás sea de origen genético, pero también de acordarse del “nefasto viaje a Guinea” en el que “me picaron diversos insectos”, y el convencimiento a pesar de ser una mujer racional y muy inteligente “de que algún maleficio me hicieron allí”*.

El enfermo, pues, es protagonista de la enfermedad, pero también *“espectador de su propio sufrimiento”*; espectadora, en este caso, muy consciente de que cuando esté fuera del hospital no soportará la mirada inquisidora del que se considera supuestamente sano: *“Como decía el otro día, no soporto la compasión. Si a mi regreso me miran con lupa, ya pueden despedirse de mí. Sé que para una parte de la sociedad te conviertes en un ser marginado. Como si fuese vergonzoso tener una enfermedad. A mí no me da ninguna vergüenza decirlo”*. Y es que con una enfermedad grave las personas se suelen abrir: *“...me ha servido para romper con muchas cosas que me atormentaban y que ahora ya carecen de importancia”*.

Los recuentos de glóbulos blancos y de plaquetas, la anemia, los hematomas, las metrorragias, la depresión, las infecciones de las vías urinarias, la fiebre, la pérdida del pelo (*“tortura visual”*), el encierro, las punciones dolorosas, las venas destrozadas por los pinchazos, la *“carga venenosa”* de los tratamientos con la *“andramicina”* (*“ese líquido rojo tan desagradable”*) y el *“racityme”*, el no poder ducharse o lavarse la cabeza, el no poderse depilar, los familiares que hablan a sus espaldas con los médicos, sus propias inseguridades, el antes y el después de la enfermedad y tantas cosas más hacen que la protagonista de la enfermedad sienta que *“llegué a las fronteras de la vida y he vuelto al centro de la vida”*. La enfermedad metafóricamente sentida como un viaje interior, que conlleva el reconocimiento de estar condenada a muerte a los 33 años y que la lucha por sobrevivir cambiará su carácter: *“no seré la misma”*.

Una espectadora de su propio sufrimiento, sí, pero a la par una observadora que mira a través del cristal de su cárcel todo cuanto acontece, el ir y el venir de los que allí trabajan, a los que demanda afecto, una caricia y una atención especial, sobre todo a algunos de los médicos que la tratan; es mucho mejor una buena conversación con el médico que una transfusión o una visita del capellán: *“Hoy no ha venido ni Claude ni el otro; debe ser su día libre (...). Si yo fuera médico, me pondría (o al menos trataría de ponerme) en la piel del enfermo. Pero, sobre todo, no le dejaría nunca abandonado moralmente. ¡Si estoy diciendo a gritos que no aguanto la carencia afectiva y nadie me hace caso!”*. Y es que estos sabios doctores no terminan de comprender *“que pararse dos minutos para hablar conmigo es el mejor de los medicamentos”*. Anatole Broyard en cambio lo expresó así: *“...a mí me gustaría hablar de mi próstata con mi urólogo no como si fuese un órgano enfermo, sino como si fuera la piedra filosofal”*. El médico, pues, para Cristina es *“el piloto mayor*

de una navegación sombría y cargada de riesgos”. Nueva metáfora viajera y marinera.

Pero el grado de exigencia no es solamente con los médicos que no la visitan, “*estará jugando al tenis*”, o con los que tienen manos torpes en las exploraciones o no tienen “*carisma magnético*”: “*Sufro de falta de afecto, cosa que he padecido toda mi vida. Pero estando aquí dentro, puedo decir por experiencia que necesitas una caricia humana; una mirada; un beso en el aire para sentirte viva. Si un médico no comprende esto, que es importantísimo incluso para la curación del enfermo, es que no conoce la psicología del enfermo*”. Por eso mismo es exigente con las enfermeras y valora tanto a una de ellas: “*Esta mañana, Annie la enfermera me ha traído de estraperlo dos croissants au chocolat para desayunar. Ya he llenado mi cupo de afecto. Además, me ha despertado con un beso esterilizado a través de su máscara, pero al fin y al cabo un beso. Desde luego, es la que más psicología tiene de todas las que están aquí dentro. No sé si es porque es gordita y está separada de su marido por lo que desborda afecto a los demás, pero es un encanto de mujer*”.

“*Diario de una rebeldía*” está prologado por Pedro Laín Entralgo, resultando muy curioso el contraste de los discursos narrativos: el de Cristina de Areilza veloz, radical, sincero y directo, propio de la persona que está viviendo el drama pero que a la vez es periodista de profesión, y el tono profesoral y académico del historiador y antropólogo de la medicina, que analiza y ayuda a interpretar el drama apelando al célebre poema de Luis Rosales: “*Como el náufrago metódico que contase, una a una, las olas que faltan para ahogarle...*”; efectivamente hay momentos en “*Diario de una rebeldía*” que se aprecia un afán de método para programar su vida, aunque de pronto el náufrago golpea con furia el oleaje y exclama: “*Estoy tan cabreada, que rompería en mil pedazos el cristal y saldría por la poubelle ahora mismo dejando a todos los sabios con sus teoría aquí dentro*”. Y es que como indica

Laín en este libro hay vivencia del cuerpo (“*succión por el cuerpo*”); desesperación y esperanza; desnudación del propio yo (“*cuando la muerte parece próxima, una solemne soledad y una profunda autenticidad se adueña (...) de quien a ese trance llega*”) y transferencia afectiva entre el enfermo y el médico (“*transferencia cambiante en el curso del tratamiento*”), subrayando además la necesidad de ayuda y apoyo que la “*infantilización del paciente*” “*lleva siempre consigo*”. Precisamente hemos señalado, con cierta insistencia, la demanda constante de Cristina de Areilza de afecto hasta el extremo de valorar más un beso, una caricia o una charla que un medicamento o una transfusión; a lo largo del Diario encontramos continuas referencias a eso que apunta Laín de la infantilización del enfermo, por ejemplo: “*Lo del afecto lo ha comprendido muy bien. También le he dicho que durante la enfermedad hay una parte en mí que madura rápidamente, y por el contrario, hay otra infantil que se acentúa*”. O bien: “*...y, sin embargo, necesito el cariño y la ternura que recibe, por ejemplo, un niño pequeño para que su desarrollo psíquico sea normal*”. A veces Cristina se siente como Alicia en el país de las maravillas, en un mundo mágico, o se mancha la ropa como un niño con la comida, o siente la imperiosa necesidad de que le den las buenas noches y que la cojan en brazos hasta que se quede dormida.

Hay otro aspecto en el libro que se debe comentar, nos referimos a la presencia de los deseos sexuales en determinados momentos del curso de una enfermedad grave; explórese en el texto, por ejemplo, la alusión a sueños eróticos, a la valoración de un piropo por llevar puesta una determinada camiseta o la necesidad de que se le reconozca una cierta capacidad de seducción, en el fondo como una manifestación más de atención y afecto; precisamente dedicamos algunos comentarios a esta cuestión en “*Las enfermedades de Sísifo*” al estudiar “*Monte Sinaí*” de José Luis Sampedro.

El día 14 de mayo de 1982, Cristina de Areilza escribió en su Diario que el veredicto médico era favorable y que quedaba en libertad vigilada: “Hoy termina mi encierro, pero no mi enfermedad”. Falleció en octubre de 1985. No caeré en la tentación de decir sobre “*Diario de una rebeldía*”, como nuestro admirado Oliver Sack con respecto a “*Ebrio de enfermedad*” de Anatole Broyard, que nunca he visto un libro sobre la enfermedad más directo y más franco, pero sí diré que es tan directo y tan franco como el libro del escritor estadounidense o como “*Crónicas del linfoma*” de José Comas, periodista de “*El País*” que narró de forma intensa su particular vivencia de la enfermedad entre 2004 y 2008; o como ese otro libro que fue dictado por Jean-Dominique Bauby, desde su cautiverio, titulado “*La escafandra y la mariposa*”. No se trata ahora de hacer un ranking con los mejores libros sobre este tema porque no agotaríamos la nómina, pero convendría repasar también “*Esta salvaje oscuridad*” de Harold Brodkey y “*Bajo el signo de Marte*” de Fritz Zorn.

“*Diario de una rebeldía*” sigue tan vigente y vigoroso como cuando se publicó en 1983, y ahí está en los anaqueles de las bibliotecas esperando que médicos, enfermeras y estudiantes de medicina y de enfermería, lo abran y lo lean de una tacada en cualquier momento y lugar; leyéndolo podrán aproximarse a un punto de vista muy importante, el punto de vista del enfermo, tan poco considerado en esta medicina cada vez más tecnocrática e insolidaria que padecemos. Es imprescindible que se dé más valor en las Facultades, junto a las enseñanzas de los fundamentos clínicos y terapéuticos, a la voz de los pacientes y, sin duda, libros como el que hemos glosado ayudarán a conseguirlo.

BIBLIOGRAFÍA

- Areilza, C. (1983): *Diario de una rebeldía*. Selecciones Austral, Espasa-Calpe, Madrid.
- Bauby, JD. (2009): *La escafandra y la mariposa*. Booket, Editorial Planeta, Barcelona.
- Broyard, A. (2013): *Ebrio de enfermedad y otros escritos de la vida y la muerte*. Ediciones La uña rota, Segovia.
- Cano, A. (1987): “El diario en la literatura. Estudio de su tipología”. *Anales de Filología Hispánica* 3: 53-60.
- Chacón, I. (2008): “El cáncer y sus metáforas”. *Eidon*. Revista de la Fundación de Ciencias de la Salud 28: 40-46.
- Darriba, P. (1999): “Las metáforas en el lenguaje hospitalario”. *Cultura de los Cuidados* 6: 54-58.
- Fernández-Díaz, N. (2012): *Metáforas sobre la leucemia en los discursos científicos, en los mediáticos y en las narrativas personales*. Tesis doctoral. UNED, Facultad de Filosofía. Disponible en <http://e-spacio.uned.es/fez/eserv.php?pid=tesisuned:Filosofia-Nfernandez&dsID=Documento.pdf> (Consultado el 23 de diciembre de 2013).
- Herrera, F. (2011): *Las enfermedades de Sísifo. Reflexiones sobre literatura, medicina y enfermedad*. Imprenta Rimada, Cádiz.
- Mukherjee, S. (2011): *El emperador de todos los males. Una biografía del cáncer*. Taurus, Madrid.
- Sontag, S. (1980): *La enfermedad y sus metáforas*. Muchnik editores, Barcelona.
- Zorn, F. (2002): *Bajo el signo de Marte*. Anagrama, Barcelona.

**LA REVOLUCIÓN DE LAS BATAS
BLANCAS. LA ENFERMERÍA ESPAÑOLA
DE 1976 A 1978.**

Germán Bes, C. (2014)

Prensas de La Universidad de Zaragoza,
Zaragoza. 282pp.

Cómo citar este comentario de textos en edición digital: Siles González, J. (2014) Germán Bes, C. (2014) La revolución de las batas blancas. La enfermería española de 1976 a 1978. Prensas de La Universidad de Zaragoza, Zaragoza. 282pp. Cultura de los Cuidados (Edición digital) 18, 38. Disponible en: <http://dx.doi.org/10.7184/cuid.2014.38.17>>
Correspondencia: José Siles González. Facultad de Ciencias de la Salud. Universidad de Alicante. 03080 Alicante. Correo electrónico: José Siles González.

Por fin estamos estrechando las cuadrículas de la ciencia histórica, la red de la historia de la enfermería se tensa cada vez más –como diría Kuhn- gracias a aportaciones como la del presente estudio, obra de la profesora Concha Germán Bes (universidad de Zaragoza).

En efecto, se trata de un estudio meticuloso y profundo sobre una franja temporal tan estrecha como intensa: los años en los que la enfermería española, coincidiendo con el proceso de democratización, inició su proceso de transformación a nivel profesional y científico. La autora analiza los retos de la enfermería española en 1978 y los factores que incidieron en la movilización del variopinto y poco cohesionado colectivo que engrosaba la enfermería de la época y que iban a desembocar en fenómenos de la envergadura de la unificación de los colegios profesionales masculino y femenino y, tras un convulso y largo proceso colmado de desencuentros y dificultades el ingreso en la universidad con el “polémico” y “discutido” título de diplomado universitario en

CONCHA GERMÁN BES

**La
revolución
de las
batas blancas**



enfermería en las nuevas escuelas universitarias de enfermería. Felicitamos desde aquí a la autora y recomendamos la lectura de su libro a todos aquellos interesados por la enfermería y su historia.

José Siles González

ÁRTICO

Juan de Dios García (2013)

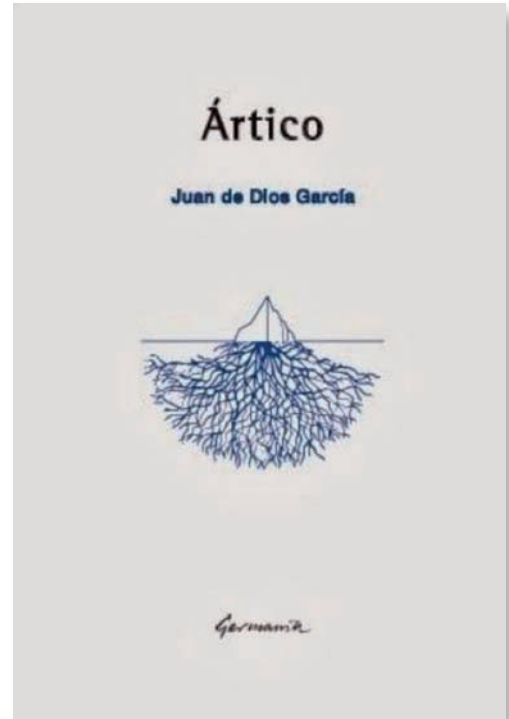
Germania, Valencia. 62 pp.

Cómo citar este comentario de textos en edición digital: Siles González, J. (2014) Juan de Dios García (2013) *Ártico*. Germania, Valencia. 62 pp. *Cultura de los Cuidados* (Edición digital) 18, 38. Disponible en: <http://dx.doi.org/10.7184/cuid.2014.38.18>

Correspondencia: José Siles González.
Facultad de Ciencias de la Salud. Universidad de Alicante. 03080 Alicante.
Correo electrónico: jose.siles@ua.es

Juan de Dios García (Cartagena, 1975) es un joven profesor y poeta cartagenero que ha publicado ensayos y poesía: *Alejandro Casona: la poesía de la muerte* (2001), *las plaquetas*, *El calor de la medicina* (2006), *Heptágono* (2006), *Infinitivo*(2009) y los poemarios *Nómada* (2008) y *Ártico*(2014). Desde 2000 dirige, junto a Ángel M. Gómez Espada, la revista digital de literatura *El coloquio de los perros*.

En una entrevista en un periódico, el autor describe las sensaciones que le provocaría al lector la lectura de su poemario: “Le preguntaría si conoce la sensación de la ginebra helada pasando por la garganta, calentando el pecho y el estómago mientras se contempla un paisaje hermoso y salvaje. Pues bien, si la respuesta fuera sí, le diría que esa es la sensación que he querido dejar en el cuerpo del lector en la mayoría de los poemas de *Ártico*” “*La Opinión*” (02.03.2014). Sin duda, esta sugestiva descripción hace honor a la naturaleza helada de “*Ártico*”, una poesía gélida que salva la memoria de momentos que han sido vividos en otra dimensión, en otro mundo donde ante la insurgencia de lo inmediato –por la intensidad del sentimiento que suscita- todo lo cotidiano adquiere otro sentido porque el “día a día” ha sido invadido por una intensa ola fría



que ha arrollado el sosiego aparente que acompaña nuestra apacible monotonía. El dolor y el amor encaramados en un iceberg donde lo sublime licua todo lo demás porque lo transforma en accesorio. A través de “palabras madre” que han sido conservadas bajo enormes bloques de hielo, Juan de Dios García reinterpreta el impacto que la tempestad ha provocado en su alma y, paradójicamente, contempla un paisaje –como él mismo señala aludiendo a la ginebra helada- “hermoso y salvaje”. Un poemario de gran belleza y sobriedad que refleja la condición humana en momentos en los que ésta adquiere todo su protagonismo.

UN CUENTO DE ENFERMERA

Louisa May Alcott (2014)

Ed. Funambulista, Madrid.

Cómo citar este comentario de textos en edición digital: Siles González, J. (2014)

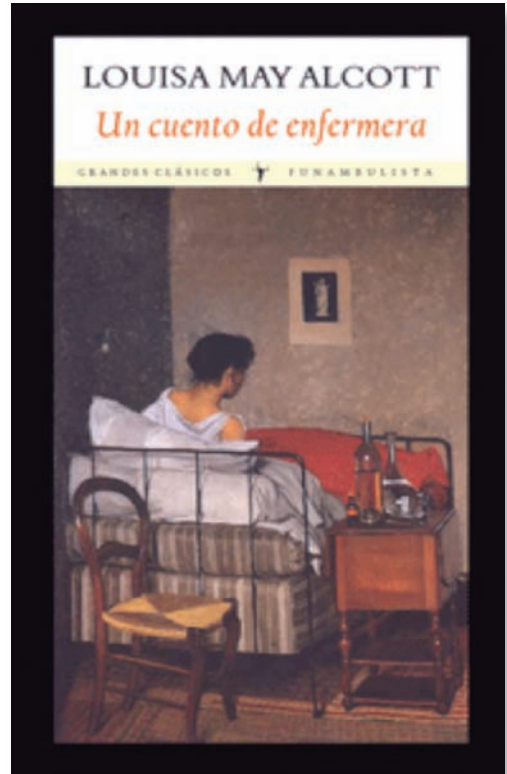
Louisa May Alcott (2014) Un cuento de enfermera. Ed. Funambulista, Madrid. Cultura de los Cuidados (Edición digital). 18, 38.

Disponible en: <http://dx.doi.org/10.7184/cuid.2014.38.19>>

Correspondencia: José Siles González. Facultad de Ciencias de la Salud. Universidad de Alicante. 03080 Alicante. Correo electrónico: José Siles González.

Kate Snow, narradora de esta novela, es una enfermera (como lo fue la propia autora) contratada para ocuparse de Elinor, la hija pequeña de la familia Carruth, aquejada de una extraña enfermedad mental. Kate intentará desde el primer día entender por qué el joven Robert Steele, supuesto amigo de la familia, mantiene un control absoluto sobre todo lo que ocurre en casa de los Carruth. Auténtico laberinto de engaños, misterios y pasiones, con un sorprendente final, esta novela de intriga cuasi policial sobre la maldición de una estirpe recuerda algunas de las mejores páginas de Wilkie Collins, las hermanas Brontë o Jane Austen.

Louisa May Alcott (1832, Germantown, Pennsylvania) fue la segunda hija del filósofo y educador trascendentalista Amos Bronson Alcott. En 1843, Louisa se fue a vivir a Fruitlands, una comunidad utópica que el padre había fundado; sin embargo, al poco, la comunidad fracasó y esto hundió en la miseria a toda la familia Alcott. Durante estos años difíciles, escribió su primera colección de cuentos titulada *Flower Fables* y empezó una colaboración literaria con la revista *The Atlantic Monthly*. Fue una gran partidaria de las causas sociales: escribió artículos para el



periódico feminista *The Woman's Journal*, luchó por el sufragio universal; apoyó el movimiento por la abolición de la esclavitud y, durante la Guerra de Secesión, ejerció como enfermera voluntaria en el hospital de Georgetown. Las cartas en que refería sus experiencias como enfermera, publicadas con el título de *Apuntes del hospital*, la consagraron como escritora. En 1864 publicó su primera novela, *Moods*, y, en 1868, la obra semiautobiográfica *Mujercitas* que la hizo mundialmente famosa. También escribió con el seudónimo A. M. Barnard novelas psicológicas y de intriga.

HISTÓRIAS DA ENFERMAGEM NO UNIVERSO DE CORDEL

Onã Silva (2013)

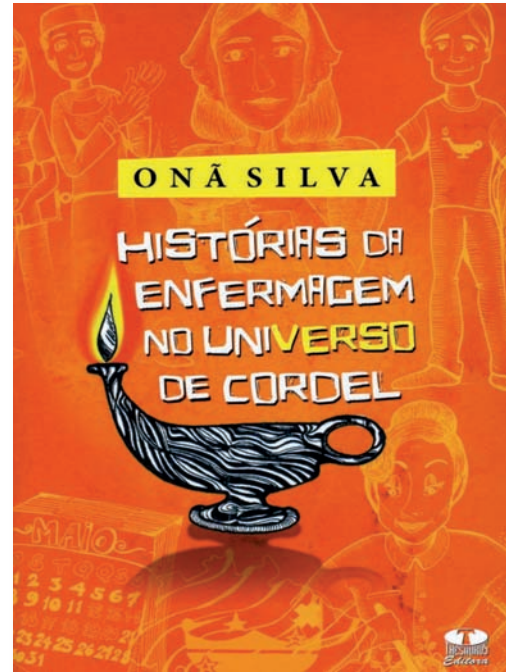
Brasilia, Thesaurus. 324 p/il.

Cómo citar este comentario de textos en edición digital: Siles González, J. (2014) Onã Silva (2013) Histórias da enfermagem no universo de cordel, Brasilia, Thesaurus. 324 p/il. Cultura de los Cuidados (Edición digital). 18, 38. Disponible en: <http://dx.doi.org/10.7184/cuid.2014.38.20>

Correspondencia: José Siles González. Facultad de Ciencias de la Salud. Universidad de Alicante. 03080 Alicante. Correo electrónico: José Siles González.

Nos encontramos con la sorprendente y grata aparición de un libro de la escritora, enfermera, posgraduada en salud pública, educación y artes escénicas, Onã Silva; un texto dedicado a la historia de la enfermería en el que se describe y explica de forma magistral y didáctica la historia de la profesión. Pero lo más original reside en su manera de construirlo a golpe de versos; sí, he escrito y han leído ustedes bien, se trata de un libro de historia de la enfermería escrito en verso, más exactamente en “sextillas” o estrofas de seis versos con palabras de siete sílabas (con rimas en el segundo, cuarto y sexto verso). Tenemos, por tanto, un híbrido entre la actividad investigadora y la poesía (que además cuenta con las ilustraciones de Silvana de Paula) que la autora ha elaborado minuciosamente durante cinco años produciendo, finalmente, un libro que ella misma considera como perteneciente a la tradición de la denominada “literatura de cordel”

La literatura de cordel es de origen oral. Posteriormente se escribía en los denominados pliegos de cordel puestos en venta en tendedores de cuerdas, de ahí su nombre. Fueron típicas en España y Portugal, pero tuvieron su gran



éxito en Brasil. La literatura de cordel constituye una forma de comunicación saturada de folklore y cultura; sigue siendo muy característica de algunas regiones como es el caso del Nordeste de Brasil. Veríssimo de Melo, entre otros, ha estudiado profusamente este género en su “Literatura de cordel-visão histórica e aspectos principais”; asimismo este mismo fenómeno ha sido estudiado por Julio Caro Baroja en su clásico “Ensayo sobre la literatura de cordel”. Es decir, se trata de un género con el potencial suficiente como para conferirle una más que merecida importancia y que tiene la particularidad de armonizar lo popular con lo culto y lo profesional. En este camino de rescatar este género de cordel, Onã Silva realiza un trabajo extraordinario que es solo una muestra de lo que puede ir desarrollando con el tiempo y del que tan necesitada está la enfermería: humanización de cuidado, estética enfermera, síntesis holística que permite mediante la poética la armonización de la técnica con el humanismo; este es, tal vez, la aportación

fundamental del camino iniciado con la autora con esta obra.

Al igual que en la vieja Europa, en Brasil, era utilizada como mecanismo de memorización y transmisión de conocimientos populares de generación en generación

El libro se vertebra en cuatro capítulos: en el primero titulado: “Historia de personajes/ actores de enfermería”(en el que se glosa en verso la vida de Nightingale, Anna Nery, Rachel Haddcock, etc.); en el segundo capítulo: “Historias de luchas y conquistas de enfermería” (se versan las pugnas de Anna Nery o Alfredo Pinto para becar a las enfermeras); en el tercer capítulo: “Historias sociales, educativas y políticas”, se versifican los procesos de constitución del consejo de enfermería y la reivindicación de enfermeras en el contexto social, político y educativo; en el último y cuarto capítulo, titulado: “Historias diversas sobre fechas conmemorativas, simbología y educación en enfermería” nos encontramos con versos en los que se describen fechas en las que se celebran festividades de enfermería o de tal o cual acontecimiento de gran relevancia, las tradiciones respecto a tal o cual práctica de cuidados y los símbolos que han socializado a la enfermería.

Sin duda, nos hallamos ante una brillante y fundamental aportación al conocimiento de la historia de la enfermería, pero también al conocimiento estético de la disciplina. Nuestra más sincera felicitación a la autora y, por supuesto, recomendamos vivamente su lectura.

Onã Silava: <http://www.onasilva.com.br/perfil.php>

**LA ESTIRPE DEL AIRE: PROMETEO
ANTE EL ESPEJO**

Bartolomé Nieto Munuera

Ed. Alhulia.

Cómo citar este comentario de textos en edición digital: Ávila Cabezas, M. (2014) La estirpe del aire: Prometeo ante el Espejo. Ed. Alhulia. Salobreña. Cultura de los Cuidados (Edición digital). 18, 38. Disponible en: <http://dx.doi.org/10.7184/cuid.2014.38.21>>

El poeta, fiel a insomne costumbre, se contempla a sí mismo en el retiro de su habitación, en ese instante sin tiempo de la noche en que los demás duermen, para aprehender la luz del conocimiento con el único reclamo de su soledad encendida permanentemente en la palabra. No es cierto, Valéry, que los dioses faciliten a los poetas, a los verdaderos poetas que aún permanecen en pie sobre la tierra, el primer verso y que los demás versos que hayan de acudir a su reclamo sean tan sólo asunto suyo, oficio y cosa de coser, pescar y cantar, sino que es el poeta -el hombre, la mujer poeta- quien ha de adentrarse en la intrincada y caótica selva del lenguaje para, en su fondo y por sí mismo, buscar en la naturaleza del ser (agua, tierra, fuego, luz) la plenitud del poema, reconociéndose desde el primero al último de los versos, esto es, en la razón de su existencia: tanto la propia como la de todo el universo habido y por haber que él también hace suya, tal un combatiente irreductible frente al tiempo y sus conjuras. ¿Qué hacemos aquí?, se pregunta el poeta. ¿Y cuál es el propósito? ¿Hay acaso un propósito? ¿Y cómo y dónde descubrirlo? ¿Existe en verdad dios? ¿Y esos tales dioses que conceden versos como un maná bíblico y espiritual acaso existen? ¿Y para qué? Desde que el mundo es mundo y desde que el hombre desmesuradamente lo habita, deslumbrado por el ansia primigenia, asediado por las sombras de una concien-



cia enajenada frente al espejo cóncavo de la vida y sus misterios, el hombre, con el poeta siempre en primera línea, se pregunta a sí mismo y a un dios eternamente ausente le pregunta, desatando con rabia el grito de Dámaso Alonso, por qué se pudre tan lentamente su alma y por qué también la humanidad, nuestra humanidad en pleno, se pudre irremediabilmente en el fondo de esta prisión en la que todos purgamos condena y luchamos por salir al precio terrible de la angustia, la desesperanza, la locura y el miedo. ¿Qué nos queda entonces como recurso posible de supervivencia? La palabra, sin duda. Siempre nos quedará la palabra para afrontar el castigo de Sísifo y el tormento de Prometeo, nuestra condena por haber pretendido saber. Parafraseando a otro gran poeta, yo digo que podemos perder la vida, el tiempo, la voz en la maleza y también el amor,

que es al cabo sublimación de nuestra soledad proyectada en el otro, pero siempre, siempre, nos quedará la palabra. La palabra limpia, la palabra clara y solidaria, la palabra que rompe fronteras y barre mentidas conciencias. Y sin embargo... ¡ay, la palabra, la pobre palabra tan manipulada hoy, tan mortificada, asediada, malversada y prostituida por el podrido interés y la infamia de políticos sin nombre ni ojos, por tantos periodistas cínicos y otros adláteres intelectuales de la cosa suya que no hacen otra (cosa) que reproducir en forma de edulcorados argumentos la voz de su amo, el que les da de comer con las manos manchadas en la codicia con la sangre, la ruina y la miseria ajenas!

Bartolomé Nieto Munuera, Tolo, es, por encima de cualquier otra condición, poeta, y no precisamente lo es porque él afirme que la poesía es “la línea más corta entre dos puntos” (entre el alfa y el omega, habrá querido decir) sino porque, a pesar de su escasa producción, con títulos como *Ribera de la entropía* y *Del laberinto al treinta*, ha conseguido lo que otrora consiguiera Juan Rulfo con su *Pedro Páramo*: escribir la obra, singular y única que, por más que la buscarse, él nunca encontraba en las estanterías de su poblada biblioteca. De ahí que terminara por escribirla. En la cantidad, ciertamente, no está el gusto ni aun menos la excelencia. Bartolomé Nieto, Tolo, es poeta y por ello a los que nunca hemos dejado de leerlo, a quienes rastreamos siempre sus huellas de luz, él nos coloca desnudos frente al espejo para que, por todos y en cada de sus versos, nos sintamos reflejados como lo que en verdad somos (¿y volveremos acaso a ser?): criaturas del aire condenadas a satisfacer en la tierra la deuda contraída con el tiempo, el único dios verdadero, el que da y el que quita, el que ha de venir y no tardará (aunque siempre está), el que nunca nos abandona ni siquiera más allá de la muerte, que no es nostalgia juanramoniana de la vida sino verdad de otra vida verdadera repetida hasta el infinito

en la conciencia (¿en la memoria?) del cosmos. Somos de la estirpe del aire y al aire (¿contaminado aquí, en la Tierra?) hemos por tanto de regresar. ¿Dónde buscar entonces a Dios que no sea en nosotros mismos? ¿No es acaso Dios una proyección del hombre, de su fragilidad, de sus anhelos, de su abnegado sueño de inmortalidad? En el despertar, Dios, los dioses (el hombre, digo) ya van al encuentro de los álamos... Así el poeta nos abre de par en par las puertas de su alma, así nos franquea el paso hacia el interior de La estirpe del aire. Estructurado, pues, en un “Introito”, dos actos (“Prometeo encadenado” y “Arquitecto de sombras”, en este orden) y un “Epílogo”, el libro se concibe como un drama al que parezca que el autor le haya amputado el desenlace, su final (acto 3°), para incumplir fielmente con la clásica regla de las tres unidades. Pero eso le importa, valga la expresión, una figa al bueno de Bartolomé Nieto, porque a él de sobra le consta que el hombre, y sus obras, no son en sí unidad ensimismada, no son la imagen del parónimo ni aun menos de la aliteración, sino diversidad y cambio constante, lucha sin tregua por ser algo más que el destello, y corolario, de un loco obediente, de un pez esclavo en la pecera de la existencia o bien por ser el mismo delirio del cartógrafo del miedo, según delata el poeta en versos respectivos de una contundencia tan poderosa que nos cortan, cuanto menos, la complaciente respiración de las emociones, tan hipersensibles y livianas ellas.

Es La estirpe del aire un poemario que supone otra vuelta de tuerca en la percepción de la realidad humana, con una carga lírica de tal intensidad, con tanta fuerza visual en todos y cada uno de sus versos que los mismos devienen en la forma de un aleph a través del cual se puede contemplar la “traición de destinos” que son nuestra cruz, la jarra de todas nuestras desgracias y también el águila implacable que, al despertar a la luz artera, cada día nos arranca el hígado, el que en el principio fuera genésico núcleo del fuego puri-

ficador. Por todo ello, no resulta nada arriesgado (ni petulante) afirmar que La estirpe del aire no solo se lee sino que también se visiona, como una serie de fotogramas desplegados en el espectro de la luz vencida, como marcas y signos de un tiempo del que inútilmente pretendemos despojarnos por nuestro desdoblamiento en esencia natural, arrancada del Alma Absoluta, y, a la vez, en cosa emponzoñada por la ignorancia y el dolor rube-niano de ser vivo.

¿Y entonces? Entonces nada. Relajémonos y pensemos. Aún nos queda mucho camino por recorrer, si es que antes el espejo no se rompe en mil pedazos.

*Miguel Ávila Cabezas.
Ceuta, febrero de 2014*